

DISCURSO DE FERNANDO CASTILLO VELASCO  
EN LA UNIVERSIDAD DE SIENA. NOVIEMBRE 1988

He venido a esta increíblemente bella ciudad de Siena, para expresar, en su Universidad la gratitud de los chilenos. Nuestra Patria está hoy en camino de restituir los valores de la democracia, que en el pasado se confundieron con nuestra historia y con las libertades que florecieron sobre esa tierra. Si ahora hemos avanzado en el proceso de redención social, es por la solidaridad de todos los pueblos libres, que nos han apoyado de mil maneras, en nuestra dura tarea, para retomar nuestra dignidad de pueblo libre.

Italia tiene un lugar privilegiado en nuestros corazones. Ella, más de recibir, generosa y masivamente a quienes en 1973 buscaban, refugio físico y moral en medio de la persecución y la muerte; más allá de recibir con amor a nuestros exiliados; más allá de alentar con recursos económicos e inteligencias nuestra tarea de repensar a Chile y prepararnos para enfrentar el futuro; más allá digo, Italia, perjudicada en sus posibilidades de intercambio comercial, rompió relaciones con el gobierno de Pinochet, mostrándole al mundo entero que es mejor enfrentar las relaciones internacionales con un sentido ético y moral que atenerse solamente a los beneficios económicos derivados de esas relaciones.

Me han pedido que les hable de cultura y libertad, Sin embargo, en este acto, no podría comunicar a ustedes nada que fluyera de mi como algo importante que decir, sino es hablándoles de aquello que el destino puso en mi, como un sello de pasión y que hoy me compromete, por encontrarme bajo estos claustros universitarios de la vieja Siena.

Vengo aquí con modestia, porque el alto honor que usted señor Rector me confiere de hablar en este acto, supone el reconocimiento a una vida que he hecho en medio de muchos, con la ayuda de tantos, movido por ideales compartidos.

Voy, pues, a hablarles de la Universidad chilena de aquella que cumplió su cometido en un régimen de libertades reales; cuando la tuvo para organizarse a sí misma, y para investigar, enseñar y comunicarse con su entorno: Libertad de los profesores para darse sus autoridades, para ejercer la docencia y para indagar, haciéndose responsables de promover la cultura, al servicio de la Comunidad Nacional, sin discriminaciones ni exclusiones de ningún tipo.

Al referirme a la Universidad chilena, que, ayer no más floreció en nuestra tierra, les estaré comunicando mis más profundas reflexiones sobre cultura y libertad, tema que ustedes me propusieron desarrollar aquí.

He imaginado siempre la Universidad, y hoy confirmo esta imagen esperanzada, como el lugar muy especial en que la sociedad produce el encuentro entre las generaciones en torno al conocimiento y a las técnicas, a los saberes y las artes, a las preguntas centrales sobre el mundo y los hombres, a la búsqueda de las soluciones para superar los problemas que convocan al país y son el desafío que contiene, como posibilidad, su futuro.

La institución universitaria posee, por lo mismo, tantas y tan peculiares características.

Reúne a hombres de saber maduro, que no han renunciado a pensar su propio saber, como una frontera abierta, con jóvenes que desean adquirir el saber y, sobre todo, la capacidad de pensar y actuar por sí mismos. Reúne a los más variados especialistas,

en el mayor número de disciplinas posibles, y procura crear con condiciones para que ellos puedan comunicarse entre sí y también con el país y el mundo. Aspira a formar a los profesionales y técnicos que por su esfuerzo compartido y su creciente número fueron transformándonos cada vez más en una sociedad mejor capacitada para abordar sus problemas.

Al mismo tiempo que educa, la Universidad canaliza en Chile gran parte del esfuerzo que el país reclama para indagar en el campo de las ciencias y las artes y este mismo la hizo más reflexiva y exigente consigo misma.

Mirada en perspectiva, la Universidad depende estrecha y vitalmente de los climas que ella es capaz de generar y soportar; de la intensidad de las comunicaciones que hace posible; del grado de adhesión que despierta en sus miembros; de la libertad que es capaz de conjugar con las responsabilidades que se le imponen y reclaman; en fin, de su propio sentido como institución que se hace parte de la sociedad y que lo es, justamente, en la medida que es capaz de preservar su propia vocación, sin enajenarla jamás en beneficio del aplauso, de la comodidad, o de una utilidad cualquiera.

Soñé y sueño con esa Universidad que está dispuesta -a partir de lo propio- de su propia dignidad y trabajo -a entrar en contacto con todo el mundo, con todos los pensamientos, con todas las actividades y realidades, con todos los esfuerzos de la aventura humana. Es la vida, en efecto, lo que la Universidad necesita para pensar y enseñar, y la vida no está solamente en sus claus tros, en las tradiciones del saber, en las comunicaciones eruditas, en los textos, está ahí también, ¡qué duda cabe!, pero está asimismo en la ciudad, en la industria, en los poblados rurales en nuestra pobreza y nuestros atrasos, por cierto en la política, en los hombres de acción, en los jóvenes frustrados en sus expectativas y que no llegan a la Universidad.

Está ahí, en todas partes, no para que la Universidad se haga cargo de la vida bajo cualquiera forma - pues no podría hacerlo sin perder su sentido propio - sino para atenderla, para incorporarla con sus medios, para hacerla parte de sus tareas y así hacerse ella parte de su tiempo y su pueblo.

Lo específico de la Universidad no consiste pues en ubicarse fuera de su lugar, ajena al tiempo que la atraviesa y a los problemas que agitan a la sociedad. Consiste, por el contrario, en movilizar la inteligencia contenida en ella para ponerla al servicio de su tiempo y de los problemas cruciales de éste, a fin de así participar en la construcción del futuro.

En esa empresa - que es la empresa de la historia asumida como construcción - es posible, casi inevitable, pienso yo, que las instituciones se vean envueltas en polémicas, querellas, conflictos asperezas.

La Universidad no puede escapar a esta dimensión de la historia. Puede, solamente, hacerse cargo de ella con más o menos conciencia, con más o menos lucidez, con más o menos competencia, con más o menos suerte. Cuando intenta huir del mundo que la rodea no hace más que huir de sí misma, de los desafíos que entonces ya no es capaz de enfrentar con dignidad y entereza. Cuando en el otro extremo, ella se deja llevar toda entera por esas contingencias, entonces se abandona y pierde la propiedad de su vocación. En uno y otro caso, la Universidad renuncia a cumplir su misión y a mantener su posición aún con las tensiones inherentes a ella. Intenta facilitarse el paso suprimiendo el camino:

En realidad, no conozco condiciones en que la Universidad no pudiera vivir y mantener, aún contra toda esperanza, su propia vocación de pensamiento, de libertad interior, de servicio, de compromiso con la cultura de su lugar y de su tiempo. Bajo

ningún régimen político, ni en medio de una guerra, ni en las más precarias condiciones económicas, ni siquiera en presencia de toda la fuerza que quisiera descargarse sobre la inteligencia, la Universidad puede renunciar a la capacidad de sus talentos o esconderlos en la penumbra. Hay tantos ejemplos en el mundo que nos enseñan esta lección que sería vano repetirlos aquí entre ustedes que son la Universidad; la Universidad de este tiempo y de este lugar.

Pues, sin siquiera apelar a las virtudes humanas más altas, la Universidad debe siempre apelar a las suyas propias: a la pasión de pensar, hacer, construir, hablar y escribir de sus más auténticos académicos; a la voluntad de enseñar de sus docentes; a la vitalidad y responsabilidad de sus alumnos que, casi siempre, tienen el sentido de lo que viene y están en condiciones de apurarlo con su fogosa y vital generosidad.

Nunca, es cierto, será mejor para la Universidad vivir en medio de restricciones de cualquier tipo; o creer, sus miembros, que podría convenirles una situación donde ellos fueran librados de la responsabilidad de tomar las decisiones en el gobierno institucional y de asumir el peso de sus convicciones y la autonomía profesional de su trabajo. La Universidad respira ella misma con la atmósfera de libertad de su propia sociedad y cultiva mejor su saber y su servicio en una situación donde sus valores son reconocidos y su tarea es respetada y valorada.

En realidad, todo esto podría decirse igual, con otras palabras. Decir así, que a la Universidad hay un solo tipo de autoridad que le conviene, por igual, dentro de los claustros y fuera de ellos en su entorno social. Esto es, la autoridad nacida del debate que permite a todos expresarse, para así establecer acuerdos razonables, responsables y legítimos que por un instante, o largamente, permiten a la comunidad vivir en paz, gobernarse

y producir. En la Universidad, este tipo de autoridad busca hacerse presente en la enseñanza, en la discusión dentro de las comunidades científicas y en la decisión de los asuntos colectivos que interesan a la institución. Es la forma de autoridad que tiene su base en la comunidad humana y que se expresa ordenadamente en la argumentación y en los procedimientos que regulan las decisiones colectivas. No puede confundirse con el tumulto y el ruido ensordecedor que se produce allí donde nadie escucha al otro, ni consiste en entregar a uno o unos pocos la palabra y la decisión, en virtud de cualquier mérito, por ilustre, reconocido o valioso que éste sea.

Así, la autoridad del saber no es nunca aquella del que cree tener la última palabra o estar en posesión de la definitiva verdad sino, precisamente, aquella que posee quien está abierto a las palabras pensadas por otros, a las que reconoce la capacidad de interrogarnos y de mover con ello nuestro propio pensamiento de un lugar que parecía ya establecido.

Asimismo, la autoridad institucional no reside en la capacidad de hacer uno mismo toda las decisiones posibles en condiciones de mínima participación de los demás, sino precisamente en lo contrario. En hacerse parte de una comunidad organizada para desde allí - en cualquiera posición que uno se encuentre - inspirar y estimular, escuchar y atender, y así gradualmente dar lugar a acuerdos, procedimientos, tradiciones que van aumentando la participación y extendiendo las formas de responsabilidad.

AMIGOS:

Les he contado brevemente de mis sueños y esperanzas universitarias, sueños y esperanzas que vivimos intensamente hasta - hace 15 años y que una dictadura sangrienta tronchó; frustrando un proceso de redención social que situaba al hombre y a los hombres chilenos como sujetos de su historia. Ahora, tras lo dicho, puedo concluir que he hablado más en nombre de esas esperanzas que han resistido y me acompañan, que de los sueños que alguna vez fueron materializados y de los cuales nos sentimos, en su oportunidad muy orgullosos.

Sin embargo, pese a la dictadura somos parte de una historia universitaria, que es también parte de la historia de mi país, y conservo, contra todas las limitaciones que la historia nos impone - la esperanza que me permite pensar el futuro y dirigirme a él con la misma curiosidad y pasión con que por vez primera penetré las puertas de la Universidad.

Este acto de hoy que tanto les agradezco, lleva en sí el aliento de mis esperanzas y, aunque mis palabras sean dichas casi en un murmullo, mi delgada voz supera la circunstancia, tiene toda la fuerza para expresar que "más temprano que tarde" el chileno volverá a hacer sus cosas ligado a sí mismo, en vinculación con su medio y en el cumplimiento de sus sueños. Así florecerá otra vez la cultura y la libertad de todos los hombres.

@@@@@@@@@@@@@@@